

Devasta sumergida,
De la Arabia abrasada
Con la llorosa guerra
Precipitarse en el tranquilo Oriente,
En la diestra la espada,
Y el *Alcoran* en la siniestra alzando,
Y *Muere ó cree*, frenética clamando.

De allí, de luto llena
El Africa infeliz, y tu luz clara
En su ira ardiente ¡Oh España! ¡oh patria mía!
A esclavitud condena.
El trono, de oro hecho
Y rica pedrería,
Que opulenta Toledo un tiempo alzara,
En polvo cae deshecho.
Alcázares, ciudades, templos, todo
Se hunde, ¡oh dolor! con el poder del godo.
El de Ismael domina
Del Indo al mar Cantábrico, y la mora
Llama en el ancho suelo arde ligera.
En medio la ruina
Del orbe amedrentado,
La ominosa bandera
Se encumbra de la luna triunfadora;
Y ¡ay! en tigre mudado,
Ciego el califa, en su sangriento celo,
Despuebla el mundo por vengar el cielo.
Súbite en niebla oscura
Sumir se vió la tierra desolada,
Y el genio y las virtudes se apagaron;
Su divina hermosura
Las ciencias congojosas

Entre sombras lloraron
A manos del error vilmente ajada;
Y de mil pavorosas
Supersticiones la conciencia llena,
Se dobló el hombre su infeliz cadena.

JUAN PABLO FORNER.

SONETOS

Esporo, es poder, esa grandeza
Con que el hado burlón te engolosina,
Si añagazas no són á tu ruina,
Serán castigo á tu mortal vileza.

Tú, encenagado en súbita riqueza,
Te huelgas torpe en su engañosa mina.
¿A tanto el cielo tu idiotez empina?
O la nuestra peligra ó tu cabeza.

No es Dios injusto, no: jamás consiente
Gloria al malvado, ni elevado empleo
Sin causa al necio permitir le plugo

Tu grandeza es patíbulo eminente;
Si á su cima no subes como reo,
Subes ¡mira qué horror! como verdugo.

Lleva, pastor, la mano más ligera
Cuando el blanco vellón á la ovejilla
Cortas avaro; que en su sangre brilla
Teñida ásperamente la tigera.

Ella en tiernos balidos de tu fiera
Codicia se lamenta; y la sencilla

Fe te recuerda con que á tí se humilla,
Aunque el prado sin tí pacer pudiera.

Si dices que del lobo la defiendes
Y que su lana en recompensa tomas,
El vellón, no la oveja, se destruya.

Pues si á estilo de lobo tu la ofendes
Y es menester que con su sangre comas,
¿Qué va á ganar en la defensa tuya?

Ya silba el viento en la nevada cumbre,
Y al soplo impetuoso la cabaña
Vacila del zagal, que en frágil caña
Con paja entretejió flaca techumbre.

Y Bato el mayoral, sin pesadumbre,
Aunque su grey del aquilón la saña
Siente y perece, con paciencia extraña
Huelga al calor de regala la lumbre.

El misero zagal humedecido
De helada nieve, por salvar se afana
La grey no suya en el pelado ejido.
Zagal, reposa; tu fatiga es vana:
Su hacienda el mayoral tiene en olvido,
Y ni á acordarse de tu afán se humana.

Despierta, Elpin, y guarda que al hambriento
Lobo no sirva, no, tu grey de pasto;
Tú roncas, y el zagal hace su gasto,
Devorando tus reses ciento á ciento.

De rojas pieles número cruénto
Luégo te entrega el desalmado Ergasto;
Y el daño apoca, aunque en ejido vasto
Pace escaso ganado y macilento.

Despierta, Elpin, y en las calladas horas,
Cuando sin luna las estrellas lucen,
Observa, espía á tus zagales fieles.

Verás cómo desuelian con traidoras
Manos tu grey, y pérfidos reducen
Tu hacienda toda á ensangrentadas pieles.

¿Ves, Lauso, desalado un vulgo impío
Correr furioso á la batalla horrenda,
Desnudo, hambriento y sin que el alma venda
A esperanzas del propio poderío?

¿Ves tolerar del fatigado estio
La ardiente lumbre al recoger la ofrenda
De las espigas con audaz contienda
Tostada plebe en misero atavío?

¿Ves arrostrar los mares al arrojío
De duras almas, que salvar pretenden
Vida y tesoro en frágiles maderos?

Pues si no lo has, mi Lauso, por enojo,
Tanto afán, tantas vidas se consumen
Para que engorden fatuos altaneros.

CONDE DE NOROÑA,

ODAS.

Belisa, ¡cuán hermoso
Es ver de rubias mieses coronado
Un terreno espacioso,
De arboustos rodeado
Y flores olorosas esmaltado!

¡Cuán dulce el arroyuelo,
Que con curso apacible retorcido
Riega el ameno suelo,
Y alagando el oído,
Convida al sueño con su lento ruido!
¡Cuán gracioso parece
El pájaro en el árbol ir saltando,
Que en la rama se mece,
Y que está requebrando
A su amada, canciones entonando!
¡Cuán grato es ver hinchadas
Las velas de un convoy muy numeroso,
Y que las aceradas
Proas al mar furioso
Dividen con un surco prodigioso!
Pero más lisonjero
Que el campo, que el arroyo, más que el ave,
Más que el convoy ligero,
Y á mi alma más suave,
Es gozar de tu pecho, que amar sabe.
Y en tus brazos preciosos
Hallar todos los gustos reunidos;
Esos gustos sabrosos
Y tan apetecidos,
Que adormecen al punto los sentidos.

—————
Cuando miro, Fernando, congregadas
Las huestes sobre el llano; que tremolan
Las bélicas banderas; que el infante
Aprieta en la robusta mano el arma;
Que el jinete impaciente arde y suspira
Por aflojar la rienda al bridón suelto,

Que tascando el bocado se consume,
Y que, por otra parte, los cañones
Estremecen los montes convecinos;
Cuando veo, por fin, saltar ligera
A la muerte feróz sobre su carro,
Y resonar sus ruedas pavorosas
Sobre nuestras cabezas, arrastrando
Tras sí sus espantosos compañeros,
El pálido Temor, la no saciable
Mortandad, los relámpagos el trueno;
Y que, empuñando en la derecha el hierro,
Y el fuego en la otra mano, se salpica
El eje con la sangre de los hombres,
Y su carro se cubre de ceniza
De las obras y esfuerzos de las artes,
Que el tiempo mismo respetado habia;
Cuando encuentro á la Guerra en sus estragos,
Cuando contemplo á César coronado
De sangrientos laureles, y que el triunfo
De Anibal, de Scipión, del grande Tito,
Sobre fuego, sobre humo, sobre nada
Se eleva y engrandece; me enardezco
Y de lo hondo del pecho saco fuera
Estas palabras, en furor envueltas:
«¡Maldito una y mil veces el primero
Que, destrozando las sagradas leyes
De la naturaleza, quiso, osado,
Elevar su cabeza con orgullo
Sobre todos los otros sus iguales;
Y, deshaciendo los estrechos lazos
Con que estaban los hombres reunidos,
Dió á la Discordia entrada, y á la Guerra

Revistió con el traje de la Gloria,
Para que, deslumbrados los mortales,
Por diosa del honor la diesen culto!
¡Maldito, digo, quien así del orbe
Desterró para siempre la Paz dulce;
La paz, único bien que el hombre debe
Estrechar en su seno y con su boca
Cubrir de ardientes amorosos besos!
Maldito, vuelvo á repetir airado,
Su nombre horrible! para siempre sea
Cubierto de ignominia, ó confundido
En los abismos hondos del Ave. no!»

MANUEL MARÍA DE ARJONA

CANTILENAS

Pastorcito del alma,
No me abandones;
Que cercan mi camino
Mil salteadores.

Esta selva vecina
Llena está de leones,
Y sus fieros ruidos
Estremecen los bosques.

¡Ay! qué difícil,
¡Ay! qué intrincada
Es esta senda toda,
¡Pastor del alma!

Fatigada y rendida,
Quiero sentarme,

Pero temo traiciones
Por todas partes.

¡Ay de mí, desdichada,
Misera pastorcilla,
Que mi amante me deja
Entregada á mi misma!

Sufro cuitada
Mi cruda suerte,
Y sólo gozo ¡ay triste!
Sombras de muerte.

Ni aún la cumbre del monte
Donde tú habitas,
Las lágrimas me dejan
Que yo perciba.

¿Me volveré á mi patria
Y al olvidado suelo?
Mas ni tú, amante, quieres,
Ni yo puedo, ni quiero.

Sigue constante,
Triste pastora;
Que en tan dichosa empresa
Morir es gloria.

Y si el tigre te asalta,
Si el oso fiero,
Si el dragón sanguiinario,
No tengas miedo.

De tu amor en las alas
Lograrás sublimarte,
Y sus necios furoros
Despreciarás triunfante.

¡Ay, amor mío!
Sin luz ni guía,
Me bastarán las armas
De mi osadía.

¿No ves, Corila mía,
Cómo aquel pajarillo
Busca el ramo más bello
Para su nido?
Pues sábetelo que al árbol
Que lo albergó benigno,
Robará de sus frutos
Lo más florido.
La turba que te cerca
De amadores fingidos
Te acuerde el hospedaje
Del pajarillo.

Ansioso á un ciervo herido
Yo ví buscar la fuente;
¡Miseró y en sus aguas!
Halló la muerte.
Teme, Licino mío,
Sediento de placeres,
Que imite la del ciervo
Tu triste suerte.

FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

EL PATRIOTISMO.

Á LA NUEVA CONSTITUCIÓN.

¿Quién es bastante á reprimir el llanto,
Y quién á contener en su hondo pecho
El oprobio y despecho,
Si contempla al furioso despotismo
Que, cercado de ruinas y de espanto,
Y de muertes y horror no satisfecho,
Por tantos siglos humillarnos pudo?
Con semblar te sañudo
Por el hispano imperio
El sangriento pendón al aire dando,
Error y esclavitud le acompañaba;
Error y esclavitud nos perseguían,
Procaces dominaban,
Y en densa ceguedad nos envolvían.
A su carro opresor en cautiverio
Gimió amarrada la verdad, En vano
Sus fervidos clamores
Los celestes alcázares hirieron,
En vano, que sus dignos defensores,
¡Dios! á tu nombre ¡que impiedad! en sangre,
Llamas, oprobio sepultados fueron.
¿Hasta cuando tus hijos?.... Y le plugo
Que sublimes alzásemos la frente,
Sacudiendo con ánimo valiente

El afrentoso yugo.
La suspirada aurora
Amaneció por fin; la triunfadora
Verdad, exenta del enorme peso
Del fanático error, ufana vuela,
Vuela la libertad, las leyes mandan,
Y ¡gloria y prez al español congreso!
Del uno al otro sol su imperio agrandan.

Entonces fuera cuando,
Entre el ronco tronar de los cañones,
Su augusta voz imperturbable alzando,
Hablará así la majestad hispana:
La española nación es soberana.

(Un grito horrible el despotismo dando,
Sus negras alas volador agita, —
Y á vengarle feróz al galo incita.)
¡Soberana! responde el más distante
Confín del cerco hesperio,
¡Soberana! las últimas regiones
Que por siempre cortó de este hemisferio
La inmensidad del piélago sonante;
¡Soberana!..... Estrémecese el tirano
Sus bárbaras legiones
En miedo cambian el valor y encono;
Se estremece, y con él su infame trono.
¿Qué español, si de serlo se gloria,
Al oír este acento,
Qué español al nombrar *Soberanía*,
Inflamarse no siente, engrandecerse,
En patriotismo arder, en ardimiento
Aventajarse, y en rencor temible,
Contra el vil opresor del Continente?

No se llame español si no le siente.
Salga, vuele; ¿que tarda? La fragura
Traspase del nevoso Pirineo;
Allá incline su frente;
Y la cadena dura
En perennal empleo
Arrastre, y gima, y su dolor aumente.
Allá marcada su deshonra vea;
Vuele y esclavo del *esclavo* sea.
Que aquí nosotros los sagrados dones
De independencia y libertad gozamos,
Y monarca, no déspota, juramos.
¡Gloria y honor al español congreso!
Indócil hombre, que al querer expreso
De la nación frénético te opones,
Ante ella te provocho,
Y el presto rayo que la ley despide
Contra tu cuello criminal invocó.
Ni solo te persigo,
¡Oh parcida! que á una voz conmigo
Tu sangre España pide.....
¿Oyes? «Con sangre la traición exija:
Muere; lo decretó la patria mía.»
Esta patria, que libre, in'ependiente,
A par su amor que su poder ostenta,
Y al procer no consiente
Con opresión violenta
Al plevayo agobiar; que todos, todos,
Españoles leales,
En religión y ley somos iguales.
Nuestra seguridad..... si antes se viera
Triste ludribio del poder tirano,

Cual nave sin t'món entre la fiera
Borrasca, y á merced del viento insano,
Quieta ea el seno de la ley reposa;
Ben así, de cerviz majestuosa
Cual peña agigantada,
Que al volver de los tiempos desafia,
En sus bases inmóvil afirmada.

¿Qué español, si de serlo se gloria,
No ben lice la mano protectora
Que tantos bienes pródiga la envía?
Y ¿cuál código santo,
Cuál código atesora
Tan gran felicidad, riqueza tanta?

En pindárico canto
A la inmortal *Constitucion* levanta,
Bienhadado español; tu, que el renombre
Por ella ya de ciudadano adquieres;
Por ella libre y hombre,
Hombre, no siervo de tiranos eres.

¡Hijos de España, juventud dichosa!
Si en aqueste liceo
El grito retumbó del despotismo,
En aqueste, con fuerza victoriosa
Derrocado su altar, el patriotismo
Levanta su magnífico trofeo;
El fanático error vencido cede,
Y la sin par *Constitucion* sucede.
Constitucion resuena
Dequiera ya; *Constitucion* inflama
Los españoles pechos,
Y contra el crimen espantosa truena.

Vén, vén, ¡oh juventud! El'a te llama

Tus sagrados derechos
A revelarte fiel, ¡Cómo des deña
Al déspo a y tirano!
¡Cómo á ser ciudadano
Y á conocer enseña
Tu excelsa dignidad y poderío!
Las ominosas trabas
Conque hasta aquí, de la opresion esclavas,
Sus agraviadas artes lamentaron,
Con invencible brio
Desbarata y destroza
Y en la común felicidad se goza.

¡Oh jóvenes! venid y el ornamento
De nuestra patria se l; la patria os llama,
Y ya en vuestro saber y heroico aliento
Su gloria y su baluarte
Mirando está, mirando
En cada cual un denodado Marte,
Y al tirano y al déspota doblando
A vuestros piés sus trémulas rodillas,
Y animarse en vosotros
A los Lanuzas ve y á los Padillas.

ENTRE UN ESCLAVO Y SU SEÑOR.

Dedicado á los caíres holentotas. Comercio de negros,

SILVIO Y DAVO.

DAVO. (A la puerta del cuarto de Silvio.)
El más envilecido de los seres
Que iluminará el sol de Oriente á Ocaso,
Para entrar, vuestras órdenes e-pera,

Y por la dulce unión felicitaros
Con Hortensia, esplendor del sexo amable,
De vuestros días apacible encanto.

SILVIO.

Entra.... depón el encogido miedo.
Tu encorvada cerviz al cielo claro
Levanta au dáz.

DAVO.

El despreciable polvo,
El cieno vil de los inmundos lagos
Es la mansión que á mi fortuna plugo
Destinar y los honlos subterráneos;
Mientras que libre vos de la cadena,
De la cadena que en mi mal arrastro,
Y del yugo tiránico, sublime
Podeis mirar los rutilantes astros,
Y.... yo no debo proseguir.

SILVIO.

No temas
En mi presencia desplegar tu labio.
Y ¿quién te veda levantar la vista
Hasta el tronó del sol?

DAVO.

Favor tan alto
A los hombres no más es concedido.

SILVIO.

A los hombres! ¿y tú....

DAVO.

Yo soy esclavo.

SILVIO.

Harto dijiste

DAVO

Cosa, no persona,
Cual jumento á la carga conderado,
Sin propia voluntad, y de contino
El implacable látigo estallando
Por un capricho del señor, por gusto,
En estos miembros cárdenos y flacos...
Para nosotros el glorioso nombre
De tierna humanidad es nombre vano,
Vana la compasión que dulcemente
Alberga el bruto... ¡Bruto le llamamos
Porque el imperio de natura sigue,
Jamás necesidades inventando,
Para hacerse infeliz, como vosotros,
Y acortar de la vida el corto plazo!
¡Bruto porque jamás, de orgullo henchido,
Dijo, cual vos: «El mundo es mivasallo,
Y es hecho para mí desde el insecto.
Escondido en el seno solitario
De la tierra, hasta el sér imperceptible
Que gira con Saturno; á vos, en tanto,
La mezquina pasión os señorea,
De lo que es y no es tiranizados,
De vos mismo ridículo juguete!
¡Porque noble, pechero, siervos, amos
No conoció jamás! ¡Porque los mares
Por avaricia no forzó, por fasto
El lujo no inventará!...

SILVIO

Ya comprendo
Lo que puedes decir; inmenso campo
A tu raciocina: abrirse miro.
Me avergüenzo; ma: pláceme e: cucharlo;
Prosigue.

DAVO

Porque anhela substraerse
A la opresión del hombre temerario;
Porque presidios, cárceles, tormentos,
Ni para sí forjó ni para ext: años
Porque no supo de engañar el arte,
Ni los vicios y crímenes infandos
Enmascarar hip: crita .. Vosotros,
Con impudencia la razón hollando,
El derecho, la ley desconociendo,
A despecho de Dios y de su rayo,
Sobre los seres que los orbes pueblan
Os arrogais el título de humanos,
De racionales...

SILVIO

¡Lástima de siervo!

DAVO

Y siervo, siervo soy de tus caballos,
Que vagan por las fértiles praderas,
Y después en magníficos establos
Por ostentosa vanidad regalas;
Sumergido en placer al contemplarlas
Cuán altivos están con los arreos
Lustrosos y robustos y lozanos.

Mas yo... miradme exánime, desnudo,
Y su suerte y sus dichas envidiando.
Si la dolencia á su rigor los rinde,
Oh Silvio, entonces referir no es dado
Como tú mismo de dolor te postras.
Crúzanse las visitas: epidaurios
Van, vienen, tornan; por su bien apuran
El arte y hierbas. Súplicas, encargos,
Preceptos... nada por demás parece;
Fomento, afán, cont: mplación, halagos.
Pero á mí, si la pálida dolencia
De recio carga con airada mano,
Por lecho ¿qué me dan? ¿Quién me so: orre,
Me cura, me consueta? Triste clamo,
Y mis clamores por el sordo viento
Perdi: os van, ó en rígidos peñascos
Se quiebran, y ¡feliz si el dueño mío
No dobla con injurias mi quebranto
No agrava con su látigo mis males!
¡Oh miserable condición de esclavos!
Sin patria, sin hogar, y sin que puedan
Los empleos repúb: ios y cargos
Honrosos ejercer! Viles oficios,
Viles artes no más, ¡ay! y privados
De los derechos de hombre, que los hombres
Con violenta crueldad arrebataron
Respondedme, señor ¿quién es el bruto?
¿El animal que padece por los campos,
Al natural instinto siempre acorde,
O quien, el tuero racional gozando,
Obra contra razón? ¿Quién es el justo,
El pacífico? ¿quién el sanguinario?

Por vida tuya y de tu tierna amante
Mi estupidez sofoca, porque Davo,
No Edipo, soy.

SILVIO

Mil veces ¡ah! mal haya
El monstruo que primero tal agravio
Hizo á la humanidad! ¡Tráfico infame!
¡Comercio que da horror! En el mercado
Entre el paciente buey, la mansa oveja,
El cerdoso animal... ¡Cielos! ¡Tal cambio,
Y tal degradación cobija el mundo!
¡Hombres hombres vender! ¡Hombres comprarlos
Y ¿cuál es la razón? ¡Me escandalizo!
Porque atezados son; nosotros blancos,
Y el ingenuo candor su pecho adorna,
No violencias, no pérfidos engaños.
¡Oh Davo, Davo! Con bondad disculpa
Mi delito quizás involuntario;
Que en aqueste momento venturoso
Tu desgraciada pérdida rescato,
Y á la usurpada dignidad te vuelvo
De hombre cual yo. Si de los lares pa rios
Te arrebató el amor, en paz camina;
Camina, que no irás de auxilio falto.
¿Con nosotros aquí morar te place?
Fiel mi amistad á tu amistad con agro.

DAVO

Permíteme, señor, besar tus plantas.

(*Se arrodilla.*)

Bañarlas con mis lágrimas...

SILVIO (*Levantándose.*)

Aplaudo

La efusión de tu pecho agradecido,
Para lo cual... mejores son mis brazos.

(*Le abraza.*)

DAVO

¿Habrás placer al mio semejante?

SILVIO

El mio. La cadena en mil pedazos
(*Quitándose la.*)
Destrócese; los hábitos serviles
A las voraces llamas entregados
Serán sin dilación, y lo que pueda
Tan sólo recordar que fuiste esclavo.

DAVO

Muy bien; por lo demás, vivir contigo,
Por tí, Silvio, morir mil veces ansio,
Por la divina Hortensia, á quien el cielo
Sus favores otorgue soberanos;
Que padre te haga de una hermosa prole,
Y que los dos veais regocijados
De los hijos y nietos el enjambre
En honor y virtudes igualaros.

SILVIO

A c mer: nuestra dicha celebremos
Con Hortensia.

DAVO

¡Señor!

SILVIO

Lo ruego; vamos.

(*Le toma del brazo y se van.*)

JUAN BAUTISTA ARRIAZA

SONETOS

¡Ay, cuántas veces á tus piés postrado,
En lágrimas el rostro sumergido,
A tus divinos labios he pedido
Un sí, crúel, que siempre me has negado!

Y pensando ya ver tu pecho helado
De mi tormento á compasión movido,
En vez del sí ¡ay dolor! he recibido
Un nó, que mi esperanza ha devorado.

Mas si mi llanto no es de algún provecho,
Si contra mi tu indignación descarga,
Y si una ley de aniquilarme has hecho,
Quitame de una vez pena tan larga,
Escóndeme un puñal en este pecho,
Y no me des un nó que tanto amarga.

Suele tal vez, venciendo los rigores
Del crudo invierno y la opresión del hielo;
Un tierno almendro desplegar al cielo,
La bella copa engalanada en flores;

Mas ¡ay! que en breve vuelve á sus faros es
El cierzo frío, y con funesto vuelo
Del ufano arbolillo arroja al suelo
Las delicadas hojas y verdores.

Si tú lo vieras, Si vía, «¡oh, pobre arbusto,
Dijeras con piedad, la suerte impía
No te deja gozar ni un breve gusto!»

Pues repítelo, ingrata, cada día;
Que el cierzo frío es tú rigor injusto,
Y el triste almendro la esperanza mía.

Crecido con las lluvias de repente
Rompe el río las márgenes que baña,
E inundando sus aguas la campaña,
Arrasa frutos, árboles y gente.

El pastor, que asustado y diligente
Se subió, por librarse á la montaña,
Vé desde allí el ganado y la cabaña
Envueltos en el rápido torrente.

Y aquel vivo dolor con que afligido
Mira ahogadas las tímidas ovejas,
Para siempre llorándose perdido,

No equivale á la angustia en que me dejas,
Silvia, cuando tu labio endurecido
Responde con desdenes á mis quejas.

COMPOSICIONES VARIAS

EL CIPRÉS Ó EL LLANTO DE UNA MADRE

Triste ciprés, que entre las nubes meces
Tu obscura cima y tu letal verdor;
Tú, que obelisco de aflicción pareces,
Al cielo eleva mi infeliz clamor.

Una flor lloro que la Parca dura
Robó á mi seno en su primer matiz;

Un hijo tierno, flor de mi ventura,
Que voló al cielo y me dejó infeliz.

Nunca á mi falda le verán mis ojos
Venir alegre y retozar gentil;
Ni más mi rostro de sus labios rojos
Sentirá el beso entre caricias mil.

¡Ay, para siempre en su graciosa boca
De madre el nombre al espirar se heló!....
¡Y el de hijo en vano mi cariño invoca,
Que ya de un angel no soy madre yo!

Triste ciprés, si el lúgubre murmullo
Del viento airado te agradó tal vez,
Si te complace el gemidor arrullo
De tortolilla en misera viudez,

Pasará el viento, cesará el gemido,
Y tú en el yermo sólo quedarás;
Mas de esta madre el llanto dolorido
Será contigo sin cesar jamás.

LA FUNCIÓN DE VACAS

Grande alboroto, mucha confusión,
Voces de vaya y venga el boletín.
Gran prisa por sentarse en un tablón,
Mucho soldado sobre su rocín.

Ya se empieza el magnífico pregón,
Ya hace señal Simón con el clarín,
Elregonero grita: «Manda el Rey»;
Todo para anunciar que sale un buey.

Luego el toro feróz sale corriendo
(Pienso que más de miedo que de ira);

Todo el mundo, al mirarle tan tremendo,
Ligero hacia las vallas se retira.

Párase en medio el buey; y yo comprendo
Del ceño con que á todas partes mira,
Que iba diciendo en sí el animal manso:
«Por fin, aquí me matan, y descanso.»

Sale luego á echar plantas á la plaza
Un jaque presumido de lijero;
Zafio, torpe, soez, y con más traza
De mozo de cordel que de torero.
Váse acercando al toro con cachaza;
Mas no bien llega á ver que el bruto fiero
Parte trás él, furioso como un diablo,
Vuelve la espalda y dice: «Guarda, Pablo.»

Síguese á tan gloriosa maravilla
Un general aplauso de la gente:
Uno le grita: «Corre, que te pilla»;
Otro le dice: «Bárbaro detente.»
Y al escuchar lo que el concurso chilla,
Iba diciendo el corredor valiente:
«¿Para qué os quiero, piés? dadme socorro;
¿No es corrida de bestias? pues yo corro.»

A las primeras vueltas ya se halla
El toro sólo en medio de la arena;
Por no saber qué hacerse, vá á la valla,
A ver si en algún tonto el cuerno estrena;
Mas desde allí la tímida canalla,
Que estando en salvo de valor se llena,
Al pobre buey le ablandan el cogote,
Unos con pincho, y otros con garrote.

En esto, con su capa colorada
Sale á la plaza un malcarado pillo,

Puesto en jarras, la vista atravesada
Y escupiéndolo al través por el colmillo,
Dice con una voz agacharada:
«Echen, échenme acá el animalillo»;
Mas viene el buey, él piensa que le atrapa.
Quiere echarle la capa, pero escapa.

Hecha al fin la señal de retirada,
Que en otras partes suele ser de entierro,
Pues muere el animal de una estocada
O á las furiosas presas de algún perro,
Sale el manso y pastor de la vacada;
Y al reclamo del áspero cencerro,
La plaza al punto el buey desembaraza,
Quedando otros más bueyes en la plaza.

LA DESPEDIDA DE SILVIA

Ya llegó el instante fiero,
Silvia, de mi despedida,
Pues ya anuncia mi partida
Con estrépito el cañón.

A darte el adios postrero
Llega ya tu tierno amante,
Lleno de llanto el semblante
Y de angustia el corazón.

Llega tú, objeto divino,
Tiéndeme los brazos bellos;
Que si logro yo que en ellos
Dulce acogida me des,

No conseguirá el destino
El golpe que quiere darme,
Porque antes de separarme

Me verá muerto á tus piés.

¡Oh! si las pasiones nuestras
Fueran de igual violencia,
El dolor de nuestra ausencia
Se partiera entre los dos;

Mas tú un semblante me mues:ras
Indiferente ó contento,
Cuando yo no tengo aliento
Ni aun para decirte adios.

Murmurando un manso rio
Baña el prado con sosiego,
Y por fruto de su riego
Bellas flores vé brotar;

Tú en silencio, llanto mio,
Mi afligido pecho bañas,
Y de Silvia las entrañas
No consigues ablandar.

Mas ¿qué dices, Silvia mía,
Con ese tierno suspiro?
¿Por qué entre lágrimas mio
Tus ojos resplandecer,

Cual nube que en claro dia
Opuesta al sol se deshace,
Y el sol con sus rayos hace
Brillar el agua al caer?

¿En mí los lánguidos ojos
Fijas con tanta ternura?
¿Sin faltarle la hermosura
Falta á tu rostro el color?

¿Vas á abrir los lábios rojos,
Y el sentimiento los sella?
¿Que en tí haya de ser tan bell

Aun la imagen del dolor
¡Insensato! yo pensaba
Que la amarga pena mía
Algún alivio tendría
Si tú penáras también.

Al error que me engañaba
Concede, Silvia, el perdón;
Ya siento más tu afición
Que ántes sentí tu desdén.

Bien mío, por Dios te ruego,
Serena el triste quebranto;
No vale tan bello llanto
Cuanto el mundo encierra en sí.

Pasen por tí con sosiego
De amor las horas serenas,
Y aquellas de angustias llenas
Que se detengan en mí;

En mí, miserable y triste,
Por el cielo destinado
Para soportar del hado
La bárbara crueldad;
No en tí, que hermosa naciste,
Llena de un poder divino
Para tener el destino
Sujeto á tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,
Mientras que mi ausencia ¡lores,
De encontrar mil amadores
Mas de tu gusto que yo.

Otro á quien dispense el cielo
La fortuna de agradarte;
Pero otro que sepa amarte

Como yo te amo, eso no.

No me enamoró tu trato,
Ni tu semblante perfecto,
Sino un simpático afecto,
Que tal vez nació con él.

Yo me figuré un retrato
De las gracias verdaderas,
Y conocí que tú eras
El original de aquél.

No suele, en tierra caído,
Tan turbado é indeciso
A un relámpago imprevisto
El caminante quedar.

Como yo de amor perdido
Al mirar tu bello rostro,
Pues luégo á tus piés me postro
Y te adoro á mi pesar.

Mas yo parto... ¡ay Dios! mis penas
En la explicación no caben;
Los cielos solos las saben,
Que el fondo del alma ven,
Y vieron las horas llenas
De deliciosos recreos
Que colmaron mis deseos
En los brazos de mi bien...

Ya las aguas blandamente
Mueve afable ventolina,
Y de la gente marina
Se oye la confusa voz;

Ya del ancla el corvo diente
Del fondo tenáz retiran:
Todos á darme conspiran

Una muerte más velóz.

Ya con planta vacilante
Piso la débil barquilla,
Pronta á abandonar la orilla
Y llevarme al gran bajél.

Silvia, á tu infeliz amante,
En los últimos momentos,
¡Qué funestos pensamientos
No le asaltan de tropel!

Conozco el dulce desquite
Con que pagas mis ternezas,
Se me acuerdan tus finezas,
Tu cariño bien lo sé:

No hay prueba que no acredite
Tu pasión en mi presencia;
Pero ¿quién sabe en la ausencia
Si sabrás guardarme fé?

Ese atractivo divino,
De mi sumo bien origen,
Tal vez los hados lo eligen
Por principio de mi mal;

Y mientras yo, ausente y fino,
Mi perdida prenda lloro,
Los encantos que yo adoro
Gozará un feliz rival.

No, mi bien; no, gloria mía.
¡Oh! no se lleven los vientos
Esos tiernos juramentos
Que el universo envidió;

Venzamos la tiranía
Del tiempo y de la distancia
Con la invariable constancia

Del lazo que nos unió.

Al salir el sol brillante,
Al poner sus luces bellas,
Al nacer luna y estrellas,
Estaré pensando en tí;

No me apartaré un instante
De esta idea encantadora;
Y tú entretanto, traidora,
Ni aún te acordarás de mí.

A solas mi pensamiento,
Engolfado en esos mares,
Reparará los lugares
Donde contigo me ví:

Entonces mi sentimiento
Hará sensibles los bronces;
Tú, más que ellos dura, entonces
Ni aún te acordarás de mí.

Aquí ví sus perfecciones.
Allá la juré mi dueño,
Allí con labio halagüeño
Me dió el venturoso sí.

Tal vez estas reflexiones
Harán que el dolor me acabe;
Y tú entre tanto, ¿quién sabe
Si te acordarás de mí?

Llamaré instante de gloria
Aquel en que ví tu gracia,
Y origen de mi desgracia
El punto en que la perdí:

Mil veces esta memoria
Me hará renovar el llanto;
Y tu, ¿quién sabe entre tanto

Si te acordarás de mí?
Cuando sólo se estén viendo
En el cielo las señales
Conque asusta á los mortales
El supremo Criador.

Oigase el tronar horrendo
En las cavernas más hondas,
Y del mar las turbias ondas
Se levanten con furor;
Cuando, impelido del Noto,
El soberbio mar Tirreno
Quiera de de su hondo seno
Las estrellas asaltar;

Y emplee el triste piloto
En vez de la ciencia el ruego,
Viendo ser su nave el juego
De la cólera del mar;

Entre los roncós clamores
De gente que atribulada
Ante sus ojos la espada
De la muerte ve lucir,

Yo haré que de mis amores
Tan negro horror se despida;
Y ¡adios, Silvia de mi vida!
Se oirá en los vientos gemir.

FÉLIX JOSÉ REINOSO.

ODA CONTRA LOS INCRÉDULOS.

Dijo el necio: «No hay Dios. Osado un hombre
Pretende sojuzgar el orbe entero
A su arbitrario mando,
Y el poder fingió artero
Del númen vengador, en cuyo nombre
Su imperio levantar. Cayó temblando,
Y dobló entónces la cervíz al yugo
La muchedumbre ilusa.—El hombre siente
Cual el bruto viviente.

No el que á un tirano plugo,
Sino natura es Dios. ¿Dónde está dónde,
Esa deidad que de el mortal se esconde?»

Tú, Señor, Dios de Abran, en cuya ira
Saltan los montes de pavor, y en humo
Ardiendo sube el suelo
Del sacro templo sumo,
Oye mi voz, y al insolente mira
Que osó mover su lengua contra el cielo.
Tú, Dios, tú hablas victorias. ¡Oh! delante
De tu faz va la muerte; tu vestido,
Pe llamas guarnecido.
¿Quién á ti semejante

Entre los fuertes es, Jehová guerrero?
Rayos tus ojos son, la voz tu acero.

Tu gloria anuncia el firmamento alzado
En sus lumbres sin fin. Nace fulgente